Al rechazar la renuncia del rector Barros Sierra la Junta de Gobierno atendió al ornato de la Universidad más que al orden que debe reinar en el país y en ese centro escolar. Porque el milagro de la vuelta a clases no sé si conseguirá producirlo con esa maniobra de fachada. La junta ha dicho que “todos” pidieron que no aceptara la renuncia y que hoy más que nunca urge la “unidad” entre la rectoría y los estudiantes que andan haciendo la revolución?, ¿se trata de la “unidad” entre los inexistentes estudiantes que quieren volver a clases y una autoridad símbolo de prestigio, pero sin fuerza para ser algo más que una figura decorativa y defendida por lo que alguien irreverentemente ha llamado, refiriéndose a la Junta de Gobierno, la “gerontocracia cultural” más eminente de este país?

Barros Sierra es, por ahora, héroe epónimo de la autonomía universitaria sin estudiantes. Ya hemos dicho que lo saludan desde sus lejanos campos de batalla como a su legendario abuelo. Pero no vuelven al hogar. No ha sonado todavía la hora de cambiar impresiones de “guerrilla” al calor del fuego ancestral. El castillo está vacío y el gran lord, más ennoblecido que nunca, rumia acompañado de sus excelencias. Desde este punto de vista, Barros Sierra es el hombre de la tregua en espera del que vendrá. Para la Junta de Gobierno, más valió bueno por conocido que mejor por conocer.

No vaciló en sostener que Barros Sierra representa el último vástago quizás de la respetabilidad de la Universidad como institución. Lo que fundó el abuelo, con ese sentido, el nieto lo preserva con el mismo sentido. Pero los tiempos son de fronda y lo menos que se puede afirmar es que una vez más la Universidad retrasa frente a los tiempos. Las virtudes para un platónico serán eternas en su validez ideal, pero caducan en su aplicación temporal. Hubiera sido preferible un rector menos respetable pero más dinámico, más moderno, más flexible, más empapado de los vientos de renovación que todo lo permean.

Y no se me diga que en la Universidad no hay profesores capaces de representar ese papel de dinamización que tanto estamos echando de menos y necesitando imperativamente. Para el caso me parece que Pablo González Casanova hubiera sido el personaje clave. La restauración de Barros Sierra la juzgan algunos como si, de plano, la Universidad hubiera enarbolado la bandera antigobiernista con toda conciencia. No lo creo. Es cierto que en su carta de renuncia hay tantos elementos para que “todos” lo consideraran de facto algo así como un antipresidente de la República, que parecía que la rebelión había por fin encontrado un caudillo. Pero nunca ha sido ésta su intención, ni antes, ni después de su restauración como rector. Uno de sus más íntimos colaboradores, el señor García Cantú, lo ha expresado públicamente: Barros Sierra no ha pretendido ser jamás ni el líder de los estudiantes sin clases, ni el encubridor de las violaciones a la autonomía.

Que los estudiantes lo saluden no quiere decir en modo alguno que se haya puesto al frente de sus brigadas o de sus guerrillas. Ni tampoco quiere decir que la digna defensa de la autonomía le haya añadido un adarme siquiera de otras dimensiones de reforma social y de comprensión de las inquietudes y anhelos juveniles. Su restauración la ven muchos como una provocación abierta al gobierno coincidente con la que llevan cada día a cabo los estudiantes. ¿Confluyen realmente ambas tendencias? ¿Pueden siquiera confluir salvo equívoco? El respaldo de la Junta de Gobierno al rector es académico y nada más que académico; el de los estudiantes respetuoso y nada más que respetuoso. Pero interpretar el reacense como si un polo de beligerantes tuviera ya su mariscal, es una ilusión que el propio rector se encargará muy pronto de disolver. Salvo que la ola de politización lo siga haciendo zozobrar entre héroe y víctima. Entonces desempeñará un papel que su cuna y su carácter nunca le asignaron. ¿Llegará a cumplirlo?